

DE LA DEBILIDAD PARTIDARIA Y LA PANDEMIA AL DESCONTENTO Y DESCONCIERTO CIUDADANO

Paula Muñoz

3 de junio de 2021

A fines de diciembre de 2020, con la inscripción oficial de candidaturas de 19 planchas presidenciales y 20 listas al Congreso, Perú inició una campaña electoral que ha sorprendido a peruanos y a espectadores internacionales. Un número tan elevado de candidaturas no es realmente algo nuevo en la política peruana, pero sí lo fue que ninguno de los candidatos presidenciales concitara interés y expectativa en la ciudadanía hasta muy avanzada la campaña. Así, a poco de un mes del día de las elecciones (11 de abril), el panorama electoral era bastante incierto. La encuesta de mediados de marzo del Instituto de Estudios Peruanos (IEP) mostraba que el candidato de Acción Popular (AP), Johny Lescano, encabezaba la carrera con tan solo 13,9%, pero seguido de cerca por cuatro candidatos: Rafael López (Renovación Nacional, RN), con 9,5%; Fujimori (FP), con 7,2%; Verónica Mendoza (Juntos por el Perú, JP), con 7%; y George Forsyth (Victoria Nacional, VN), con 6,8%. Esto contrastaba con lo que usualmente se registra en campañas presidenciales pe-

ruanas para dicha fecha¹. Más aún, también contrastaba con procesos previos que cerca del 30% de los encuestados no hubiesen decidido su voto o respondiesen que votarían nulo o blanco. Simplemente, ningún candidato lograba entusiasmar lo suficiente a la ciudadanía.

Ningún asunto sobresalía tampoco como prioritario o aglutinador en el debate público para el posicionamiento ciudadano. Lescano, de un partido de centroderecha, había aumentado su intención de voto, moviéndose hacia el centroizquierda y desmarcándose de la facción partidaria que lideró el proceso de vacancia contra el expresidente Vizcarra y la consecuente crisis política de noviembre de 2020, que resultó en la sucesión de tres presidentes en una semana. López, un empresario promercado, pero calificado por comentaristas como mercantilista, resaltó

¹ Por ejemplo, según Ipsos, en la campaña presidencial de 2016, a mediados de marzo tres candidatos sobresalían claramente en las preferencias electorales: Keiko Fujimori (FP) con 32%, Julion Guzmán (Todos Por el Perú) con 16%, y Pedro Pablo Kuczynski (Peruanos Por el Cambio) con 14%.

en realidad por su posicionamiento extremadamente conservador en materia social y sus polemizantes y agresivas intervenciones en medios y redes sociales. Por su parte, en contraste con su campaña de 2016 (Dargent y Muñoz, 2016), Fujimori centró su mensaje en una promesa de “mano dura” para combatir la inseguridad ciudadana, revalorando abiertamente el legado del gobierno de su padre —quien cumple aún una condena por lesa humanidad— y aclarando, que de ganar, lo indultaría. Mendoza, como en 2016, se posicionó de nuevo a la izquierda prometiendo un cambio a la Constitución y al modelo económico peruano, pero resaltando al mismo tiempo una agenda progresista en cuestiones sociales. Forsyth, exfutbolista y empresario que había liderado la intención de voto hasta febrero, no lograba trasladar claramente un mensaje, más allá de destacar su desempeño efectivo contra la informalidad y delincuencia en su gestión edil de un distrito de Lima.

A una semana de las elecciones, en lugar de aclararse, el panorama electoral se volvió incluso más incierto, pues las encuestas mostraron un empate técnico entre cinco candidatos². De hecho, el crecimiento en la intención de voto por Castillo, hoy candidato a la segunda vuelta, se produjo

² La legislación electoral peruana no permite la publicación de encuestas de intención de voto durante la última semana del proceso electoral.

tan cerca del día de las elecciones que no fue detectado a tiempo por estas. Así, la encuesta del IEP del 4 de abril mostró que, estadísticamente, había un empate técnico entre Fujimori y Hernando de Soto (Avanza País)³, con 9,8% para ambos, seguidos de López (8,4%), Lescano (8,2%) y Mendoza (7,3%). El informe concluía que: “Lo que queda claro es que, hasta el momento, P. Castillo y G. Forsyth se encuentran fuera del grupo de candidatos que pueden entrar a una segunda vuelta”⁴. El simulacro de intención de voto publicado por Ipsos el mismo día indicaba también la existencia de un empate técnico por el siguiente orden (de votos emitidos): Lescano (12,1%), de Soto (11,5%), Mendoza (10,2%), Forsyth (9,8%), Fujimori (9,3%); dejando a López (6,8%) y Castillo, de Perú Libre (6,5%) fuera de carrera. Como sabemos ahora, Castillo pasaría a la segunda vuelta luego de obtener el 18,9% de los votos válidos el 11 de abril, seguido por Fujimori con el 13,4% (Tabla 1). Una parte del país se sorprendió entonces cuando este candidato novato, con un discurso de izquierda más radical que Mendoza en lo económico, pero conservador en lo social, que hizo su campaña sobre todo cara a cara, recorriendo el país y sin mucho impacto en los medios naciona-

³ Candidato de derecha que había logrado incrementar su intención de voto.

⁴ Disponible en: <https://iep.org.pe/wp-content/uploads/2021/04/Informe-IEP-OP-abril-I-2021.pdf>

les, pasó a la segunda vuelta. Lo logró en buena cuenta gracias al apoyo

del voto del interior del país, particularmente de la sierra y el sur⁵.

TABLA 1. Resultado Elecciones Generales 2021 – Primera Vuelta

Partido Político	Elecciones Presidenciales			Elecciones Legislativas		
	Candidato	Votos válidos	% Votos válidos	Votos válidos	% Votos válidos	Escaños
Perú Libre	Pedro Castillo	2.724.752,0	18,92%	1.724.303	13,41%	37
Fuerza Popular	Keiko Fujimori	1.930.762	13,41%	1.457.640	11,34%	24
Renovación Popular	Rafael Lopez Aliaga	1.692.279	11,75%	1.199.663	9,33%	13
Avanza País - Partido de Integración Social	Hernando de Soto	1.674.201	11,63%	969.059	7,54%	7
Acción Popular	Yonhy Lescano	1.306.288	9,07%	1.159.707	9,02%	15
Juntos por el Perú	Verónica Mendoza	1.132.577	7,87%	847.570	6,59%	4
Alianza para el Progreso	Cesar Acuña	867.025	6,02%	969.699	7,54%	16
Victoria Nacional	George Forsyth	814.516	5,66%	638.264	4,96%	
Podemos Perú	Daniel Urresti	812.721	5,64%	750.238	5,83%	5
Partido Morado	Julio Guzmán	325.608	2,26%	697.289	5,42%	4
Partido Democrático Somos Perú	Daniel Salaverry	240.234	1,67%	788.488	6,13%	5
Otros		879.667	6,10%	1.657.000	12,88%	

Fuentes: Oficina Nacional de Procesos Electorales; información preliminar sobre escaños tomada de prensa (*El Comercio, Gestión*).

En claro contraste con esta primera vuelta, aburrida y marcada por la indiferencia ciudadana, la campaña por la segunda vuelta ha activado y polarizado al país, sobre todo alrededor de las cuestiones económicas, desplegando un nivel muy alto de

agresividad y enfrentamiento. Castillo, maestro de escuela y sindicalista de izquierda marxista, propone un cambio total al modelo económico neoliberal para dar paso a un modelo de “economía popular con mercados”, inspirado en las experiencias de Ecuador con Rafael Correa y Bolivia con Evo Morales. Propone también que un paso necesario para este cam-

⁵ Ver mapa electoral en: <https://ojo-publico.com/especiales/resultados-onpe-elecciones-2021/#/>

bio sería redactar una nueva Constitución, a través de una Asamblea Constituyente. Pero en realidad, más allá de un mensaje de cambio en favor del “pueblo”, al que invoca con frecuencia⁶, destaca por su improvisación y la inconsistencia de sus declaraciones públicas. De hecho, sus polémicas intervenciones en contra de instituciones democráticas autónomas, como el Tribunal Constitucional y la Defensoría del Pueblo, o los medios de comunicación, han generado una preocupación creciente sobre su compromiso con la democracia. Por otro lado, Fujimori, la política peruana con mayor rechazo ciudadano⁷, inició su campaña de segunda vuelta posicionándose como la defensora del modelo económico y activando una campaña de miedo contra el “comunismo”, que ha sido amplificadas por las élites socioeconómicas e importantes medios de comunicación privados. Esto le asegura un respaldo sólido, pero concentrado en los sectores socioeconómicos más altos del electorado, y en Lima, la capital del Perú. El principal obstáculo de Fujimori es que es percibida por parte de la población como representante de la corrupción y del establishment político, responsable de la crisis político-institucional

⁶ Uno de los slogans más utilizados en su campaña es: “Nunca más un pobre en un país rico”.

⁷ Fujimori inició la campaña con un 70% de encuestados declarando que definitivamente no votaría por ella. Aunque el porcentaje antivoto bajó después de la primera vuelta, sigue cerca del 50%.

que el Perú vivió en el último quinquenio, en el que su partido tuvo mayoría absoluta en el Congreso⁸. Y, a pesar de ser la candidata que genera mayor antivoto por las precarias credenciales democráticas de su partido, no ha dado señales de un compromiso creíble ni de moderación en estos asuntos⁹. Así, a pocos días de las elecciones, aún no está claro quién ganará, pues hay un empate técnico entre ambos candidatos. Aunque Castillo sigue liderando la intención de voto por dos puntos porcentuales, la improvisación de su propia campaña y el mensaje de miedo de la derecha han facilitado el crecimiento de la intención de voto por Fujimori.

¿Cómo se explica la inusual campaña de indiferencia extrema en la primera vuelta, con final de infarto, frente a la polarización en la segunda, sobre la que aún no tenemos certezas? Las elecciones peruanas de 2021 pueden leerse como un subproducto, potenciado, de la continuidad de una democracia sin partidos organizados. Representa el momento donde tocamos piso en la política; pero, y esto es lo nuevo, se produce en un contexto de crisis múltiple y, en concreto,

⁸ En la encuesta del IEP del 20 y 21 de mayo, el 68% de los encuestados afirma que no votaría por Fujimori, porque asocian el fujimorismo con la corrupción, y el 8% con el autoritarismo.

⁹ Recién a seis días de la segunda vuelta firmó un juramento público por la democracia cuya credibilidad es cuestionada (*El Comercio*, 2021).

de una muy profunda, la crisis por la pandemia. De hecho, la elección presidencial de 2021 refleja una combinación de factores presentes en las elecciones presidenciales de 2006 y 1990. Por un lado, la geografía electoral de la primera vuelta se parece mucho a la de 2006, pero sin la misma intensidad y entusiasmo que tuvo entonces el voto por la opción de izquierda radical, encarnada en Ollanta Humala. Pero las circunstancias estructurales se parecen más a las de la elección de 1990, que dio lugar a la victoria de Alberto Fujimori. Como en 1990, se conjugan una aguda crisis múltiple con el hartazgo contra el sistema y el establishment político. Quien salga elegido será por esta mezcla explosiva entre un sistema político organizativamente precario, que llega a su punto más bajo de legitimidad, en un contexto de crisis múltiple extrema.

Una democracia sin partidos llevada al límite

Esta elección puede leerse, primero, como un producto de la debilidad organizativa crónica de los partidos peruanos y de la disfuncionalidad de la representación democrática existente.

El sistema de partidos que se estableció en Perú en los años ochenta colapsó a inicios de la década de los noventa (Lynch, 1999; Tanaka, 1998), facilitando el inicio de un periodo de construcción autoritaria bajo los gobiernos de Alberto Fujimori

(Grompone, 2000; Levitsky y Way, 2002). No obstante, a pesar de un optimismo inicial luego de la transición democrática de 2000 (Kenney, 2003), Perú nunca logró remontar la gran debilidad organizativa de sus partidos políticos. Por ello, la democracia peruana sería pronto caracterizada como una “democracia sin partidos” (Levitsky y Cameron, 2003; Tanaka, 2005). Si bien las leyes existentes reconocen la existencia formal de partidos políticos de nivel nacional, en la práctica la mayoría de los partidos son artefactos legales sin vida propia. La política peruana está poblada de políticos independientes que no se casan con nada ni nadie más que consigo mismos, y que se alían solo temporalmente para sobrevivir electoralmente, cambiando con frecuencia de aliados (Levitsky, 2013; Levitsky y Zavaleta, 2016; Zavaleta, 2014). Simplemente no contamos con organizaciones partidarias consolidadas que limiten la aparición de aventureros improvisados y, con ellos, de altos niveles de incertidumbre.

De hecho, en la presente elección se observan varias continuidades con la forma de hacer política en el Perú de la década de 2000, marcada por la debilidad partidaria. Igual que entonces, hay muchas candidaturas improvisadas que van con franquicias legales existentes para poder postularse (Levitsky, 2013; Zavaleta, 2014), y presentan planes de gobierno bastante mediocres y propuestas vagas o

técnicamente inviables. Las estrategias de campaña son también bastante precarias y cambiantes (Meléndez, 2011, 2016). Los rápidos cambios en la intención de voto son en parte resultado de esto, así como de la ausencia de lealtades partidarias e, incluso, de la existencia de identidades políticas negativas que predisponen a ciertos votantes a elegir un “mal menor” (Meléndez, 2019a).

Tampoco es nueva la incapacidad de los aspirantes a la presidencia de un mismo campo político para coordinar una sola plancha y evitar así fragmentar su espacio electoral (Levitsky, 2011). Esto ha sucedido tanto en el campo de la izquierda, como en el del centro y la derecha en esta elección; siendo sin embargo más notable (y consecuencial) la alta división de candidaturas en la derecha, dividida en seis candidaturas que, juntas, obtuvieron el 45% de los votos válidos¹⁰. Esta extrema fragmentación explica la dificultad de los votantes para decidir y coordinar su voto en la primera vuelta.

Tal vez lo más novedoso, aunque tampoco sea completamente nuevo, es el grado de indiferencia ciudadana que se observó en la primera vuelta. Ningún candidato convenció si quiera a un tercio del electorado, como sí sucedió en elecciones previas desde

¹⁰ La división de la derecha fue determinante también en la elección de 2016 y explica parcialmente el conflicto de poderes que la sucedió (Meléndez, 2019b).

la transición. Castillo logró ganar por un estrecho margen al voto en blanco (15,4% frente a 12,4%). De hecho, sumados, blancos y nulos obtuvieron más votos emitidos que todas las candidaturas (18,7%).

Sucede que las elecciones coinciden con el pico más alto de desafección y desencanto ciudadano con el sistema político que se conoce desde la transición democrática de 2000; desafección que ya era alta en relación con la región desde hace un lustro (Carrión *et al.*, 2018). La alta desafección ciudadana es producto del constante enfrentamiento de poderes vividos los últimos años, azuzado por las denuncias de corrupción relacionadas con la investigación internacional del caso Lava Jato (González-Ocantos *et al.*, 2021; Muñoz, 2021). Pero llegó a su punto máximo cuando, a la crisis política, se sumó la sanitaria y económica como consecuencia de la pandemia.

Los efectos políticos de una crisis múltiple

Un segundo factor fundamental para entender la elección de 2021 es que se desarrolla luego de una crisis múltiple y aguda. En otras palabras, la elección no es solo el resultado de una crisis política, aun en su peor momento. La conjunción de una crisis política con la crisis socioeconómica y sanitaria que se produce con la pandemia, configura los contornos de esta elección.

Perú destaca en la región latinoamericana no solo por la precariedad de sus organizaciones políticas, sino también por la debilidad de sus instituciones estatales. El Estado peruano presenta niveles relativamente bajos de capacidad y profesionalización en América Latina (Centeno, 2009; Cortázar Velarde *et al.*, 2004), por lo que tiene dificultades para mantener un control territorial y social efectivo (Dargent, 2012; Dargent y Urteaga, 2016). Más aún, salvo por excepciones aisladas (Dargent, 2014), en realidad, durante unos años de llamativo crecimiento económico, se ha hecho muy poco por fortalecer las instituciones estatales; en parte por la vigencia de un discurso economicista muy pobre que señalaba que bastaba con garantizar el crecimiento para que el Perú continuara en su ruta de desarrollo¹¹.

La pandemia ha ido visibilizando crecientemente las enormes limitaciones de la institucionalidad estatal peruana para hacer frente a una crisis de esta magnitud (Vergara, 2020). El sistema de salud se vio rápidamente desbordado por la demanda y colapsó. Por ello, a pesar de la rígida y larga cuarentena que el gobierno adoptó en julio y agosto de 2020, Perú ostenta tristemente una de las tasas relativas a la población total más altas del mundo de mortalidad por la COVID-19 (Viale, 2020). Más

¹¹ Para una crítica a este discurso del “piloto automático” ver Ganoza y Stiglich, 2015; Ghezzi y Gallardo, 2017; Vergara, 2013.

aún, tras una revisión de cifras realizada al 22 de mayo de 2021, el gobierno informó que serían 180.764 los muertos en Perú a causa de la COVID-19, convirtiéndose en el país con la tasa de mortalidad per cápita más alta del mundo por la pandemia (BBC, 2021).

La pandemia no solo afectó fuertemente a Perú en términos sanitarios, sino también socioeconómicos. Con la drástica cuarentena, la pérdida de empleos y fuentes de ingreso fue brutal. Perú experimentó por ello una de las caídas más fuertes del Producto Bruto Interno y de las tasas de empleo en la región. Además, ha sufrido un incremento de 10 puntos porcentuales en la pobreza monetaria por la paralización y la COVID-19 (Andina, 2021). Esto es, más de 3 millones de personas. Pero la desesperación por la crisis económica, el miedo y la muerte se vive de forma desigual, siendo los sectores informales, más pobres, independientes y con bajo nivel educativo de la población, los más afectados. De este modo, la pandemia visibiliza crudamente las grandes desigualdades persistentes en la sociedad y las acrecienta.

La pandemia configura así una crisis compuesta, de magnitud sin precedentes en la historia peruana. Y con esta crisis crece el sector de votantes descontentos dispuestos a votar por una propuesta de cambio radical. Efectivamente, al sector radical de votantes peruanos que se expresa en

diversas elecciones, se suma en 2021 un nuevo contingente que se cansó de esperar o se desilusionó luego de perder rápidamente lo acumulado en años previos.

Esta crisis múltiple permite repolitizar antiguas divisiones estructurales (de clase y territoriales) que estaban latentes. Castillo aparece como el *outsider* de la periferia rural, que promete cambiar esta injusta situación en favor de los más necesitados y olvidados. El factor identitario le ayuda a politizar no solo el ámbito económico, prometiendo dejar atrás el modelo neoliberal, sino también la división centro-periferia. El candidato es de origen campesino, de uno de los departamentos más pobres del Perú, descuidado por el centralismo, y por ello reivindica activamente este rasgo en su retórica. No habla “en nombre de”, sino que “viene de”, conoce y entiende a “los de abajo”.

De hecho, la geografía electoral de la primera vuelta muestra claramente un patrón territorial de voto ya conocido en Perú, que se había expresado claramente en 2006, cuando Humala, candidato nacionalista de izquierda con una propuesta radical, casi gana la elección (Awapara, 2018). Pero entonces Perú no se encontraba en medio de una crisis múltiple como hoy, sino más bien al inicio del boom económico. En dicho contexto, Humala fue finalmente derrotado por Alan García (Alianza Popular Revolucionaria Americana), que se pre-

sentó como una opción responsable pero de cambio (McClintock, 2006) y que, desde la elección de 2001, planteaba un discurso para regular y moderar al libre mercado.

En contraste, en medio de la actual crisis, Fujimori se presenta en esta elección como defensora de un modelo neoliberal contra los izquierdistas. No reconoce la necesidad de impulsar cambios en el modelo de desarrollo. Esto, en medio de una crisis tan profunda, la coloca en una situación difícil. Por ello, cerca del día de la elección, ha optado por compensar su desventaja con un marcado populismo económico, realizando promesas de reparto directo de recursos a las familias, en forma de bonos de compensación, incrementos salariales y pensiones (*La República*, 2021). Es decir, medidas de distribución, no de redistribución.

Finalmente, cabe destacar otro efecto político de la pandemia sobre las elecciones, más sutil, pero no menos importante. La forma de hacer campaña puede haber hecho más difícil para los electores conectar personalmente con los candidatos y coordinar más efectivamente su voto. Por un lado, la dificultad de los candidatos para centrar la campaña en actividades presenciales limitó la posibilidad de que los electores pudiesen evaluarlos mejor y que se dejaran seducir por *performances* de alguien que pretende gobernarles (Muñoz, 2019). La campaña por redes sociales no

parece haber sido suficiente para suplir estos contactos directos, sobre todo entre los sectores socioeconómicos más bajos, que fueron los que más tardaron en decidir su voto en la primera vuelta. Por otro lado, las dificultades para movilizar a un gran número de personas en campaña y para contratar y desplegar propaganda, como señales de viabilidad electoral de los candidatos, limitaron las fuentes de información alternativas que los votantes tienen y normalmente usan en una democracia sin identidades partidarias (Muñoz, 2019). Nos quedamos solo con las encuestas y muy distanciados por la pandemia. Sin información electoral suficiente, los electores indecisos tienen problemas para decidir estratégicamente su voto hacia el final de la campaña. Esto dificulta que surjan tendencias claras en la coordinación del voto, como ha sucedido en campañas previas.

Epílogo

Al escribir este artículo aún no existe claridad sobre quién ganará la campaña, sino que nos encontramos en el momento más competitivo. Cualquiera de los candidatos podría ganar si logra convencer a un margen suficientemente grande de indecisos o a quienes piensan votar en blanco o viciado. Si Castillo gana, lo hará por el peso de las condiciones estructurales, más que por sus habilidades como político, pues al exponerse más durante la segunda vuelta, ha expuesto sus limitaciones, contradicciones,

la improvisación de su propuesta y la precariedad absoluta del grupo desde el que se postula. En otras palabras, ganaría porque el contexto de crisis sobredetermina el resultado y el antifujimorismo se impondría una vez más en el margen para inclinar los resultados de la segunda vuelta (Dargent y Muñoz, 2016; Levitsky, 2011). Por otro lado, si Fujimori gana, lo hará sobre todo por la precariedad extrema de la organización política y la improvisada propuesta de su adversario, y porque su campaña de miedo y de promesas distributivas, rindieron lo suficiente en un contexto de gran incertidumbre. Pero no olvidemos que su paso mismo a la segunda vuelta es de por sí también producto de la fragmentación extrema de esta elección y de la improvisación de sus contrincantes en la derecha.

En resumen, esta inusual campaña de indiferencia extrema con final de infarto resulta, por un lado, de la continuidad de una política sin partidos organizados, pero llevada a su límite por un quinquenio político para el olvido. Y, por otro, de los efectos políticos que la pandemia genera. Queda la preocupación sobre la gobernabilidad del país en una política más fragmentada y polarizada.

Paula Muñoz es profesora e investigadora de la Universidad del Pacífico (Perú). Doctora en Ciencia Política por la University of Texas, Austin. Especializada en campañas electorales y clientelismo, estrategias distributivas e intermediación política, política subnacional y corrupción.

Referencias bibliográficas

- ANDINA (2021): “Pobreza monetaria creció en Perú el 2020 por covid-19 y paralización de actividades”, *Andina* (14/05/2021).
- AWAPARA, O. (2018): *The Geography of Free Trade: Explaining Variation in Trade Policy in Latin America*, University of Texas at Austin.
- BBC (2021): “Perú duplica las muertes por covid-19 tras una revisión de cifras y se convierte en el país con la mayor tasa de mortalidad per cápita del mundo”, *BBC News Mundo* (31/05/2021).
- CARRIÓN, J. F., ZÁRATE, P., BOIDI, F. y ZECHMEISTER, E.J. (2018): *Cultura política de la democracia en Perú y en las Américas, 2016/17: Un estudio comparado sobre democracia y gobernabilidad*, USAID/Vanderbilt/LAPOP/IEP.
- CENTENO, M. Á. (2009): “El Estado en América Latina”, *Revista CIDOB d’Afers Internacionals*, 85–86, pp. 11–31.
- CORTÁZAR VELARDE, J.C., LAFUENTE, M. y SANGINÉS, M. (2004): *Una década de reformas del Servicio Civil en América Latina (2004-2013)*, BID.

- DARGENT, E. (2012): *El Estado en el Perú: una agenda de investigación*, Pontificia Universidad Católica del Perú, Escuela de Gobierno y Políticas Públicas.
- (2014): *Technocracy and Democracy in Latin America*, Cambridge University Press.
- DARGENT, E., y MUÑOZ, P. (2016): Peru: A close win for continuity. *Journal of Democracy*, 27(4), 145–158. <https://doi.org/10.1353/jod.2016.0070>
- DARGENT, E. y URTEAGA, M. (2016): “Capacidad estatal y fuerzas sociales: explorando una relación compleja”, en *Incertidumbres y Distancias: El Controvertido Protagonismo del Estado en el Perú*, IEP, pp. 175–206.
- EL COMERCIO (2021): “Keiko Fujimori jura por la democracia: ¿Qué otros compromisos se suscribieron en campaña y qué tan efectivos son?”, *El Comercio* (1/06/2021)
- GANOZA, C., y STIGLICH, A. (2015): *El Perú está calato. El falso milagro de la economía peruana y las trampas que amenazan nuestro progreso*, Planeta.
- GHEZZI, P., y GALLARDO, J. (2017): *Qué se puede hacer con el Perú: Ideas para sostener el crecimiento en el largo plazo*, Universidad del Pacífico/PUCP.
- GONZÁLEZ-OCANTOS, E., BARÁYBAR, V., MUÑOZ, P., y PAVÃO, N. (2021): *The Criminalization of Corruption in Latin America: Prosecutors, Politicians, and Voters During Lava Jato*, Manuscrito de libro en revisión.
- GROMPONE, R. (2000): “Al día siguiente: El Fujimorismo como proyecto inconcluso de transformación política y social”, en COTLER, J. y GROMPONE, R. (eds.): *El fujimorismo: ascenso y caída de un régimen autoritario*, Serie Inde, IEP, pp. 77-174.
- KENNEY, C. D. (2003): “The Death and Rebirth of a Party System, Peru 1978-2001”, *Comparative Political Studies*, 36(10), pp. 1210–1239. <https://doi.org/10.1177/0010414003258108>
- LA REPÚBLICA (2021): “Promesas de Keiko Fujimori equivalen a casi 3% del PBI”, *La República* (1/06/2021).
- LEVITSKY, S. (2011): “A surprising left turn”, *Journal of Democracy*, 22(4), pp. 84-95.

- <https://doi.org/10.1353/jod.2011.0064>
- (2013): “Peru: Challenges of a Democracy without Parties”, en SHIFTER, M. y DOMINGUEZ, J. (eds.): *Constructing Democratic Governance* (4ª ed.), The Johns Hopkins University Press, pp. 282-315
- LEVITSKY, S., y CAMERON, M. A. (2003): “Democracy without parties? Political parties and Regime change in Fujimori’s Peru”, *Latin American Politics and Society*, 45(3), pp. 1-33.
- LEVITSKY, S. y WAY, L. A. (2002): “The Rise of Competitive Authoritarianism”, *Journal of Democracy*, 13(2), pp. 51-65.
- LEVITSKY, S., y ZAVALETA, M. (2016): “Why No Party-Building in Peru?”, en LEVITSKY, S. LOXTON, J., VAN DYCK, B. y DOMINGUEZ, J. (eds.), *Challenges of Party-Building in Latin America*, Cambridge University Press, pp. 412-439.
<https://doi.org/10.1017/CBO9781316550564.015>
- LYNCH, N. (1999): “Una tragedia sin héroes. La derrota de los partidos y el origen de los independientes. Perú, 1980-1992”, *Documento - ACUEDI*, Acuedi Biblioteca Digital.
- MCCLINTOCK, C. (2006): “An unlikely comeback in Peru”, *Journal of Democracy*, 17(4), pp. 95-109. <https://doi.org/10.1353/jod.2006.0066>
- MELÉNDEZ, C. (ed.) (2011): *Anticandidatos. Guía analítica para unas elecciones sin partidos*, Mitin Editores.
- (ed.) (2016): *Anticandidatos 2016: el thriller político de las elecciones 2016*, Planeta.
- (2019a): *El mal menor. Vínculos políticos en el Perú posterior al colapso del sistema de partidos*. IEP.
- (2019b): “La derecha que se bifurca. Las vertientes populista-conservadora y tecnocrática-liberal en Perú post-2000”, *Colombia Internacional*, 99, pp. 3-27. <https://doi.org/10.7440/colombiaint99.2019.01>
- MUÑOZ, P. (2019): *Buying Audiences. Clientelism and Electoral Campaigns when Parties are Weak*. Cambridge University Press.
- (2021): “Peru’s Democracy in Search of Representation. Divisive Politics and Democratic Dangers in Latin America”, *Carnegie Endowment for International*

Peace.

MUÑOZ, P., y DARGENT, E. (2016): “Peru: A Close Win for Continuity”, *Journal of Democracy*, 27(4), pp. 145-158.

TANAKA, M. (1998): *Los espejismos de la democracia. El colapso del sistema de partidos en el Perú, 1980-1995, en perspectiva comparada*, IEP.

-- (2005): *Democracia sin partidos, Perú, 2000-2005: Los problemas de representación y las propuestas de reforma política*, IEP.

VERGARA, A. (2013): *Ciudadanos sin república*, Planeta.

-- (2020): “La crisis del COVID-19 como Aleph peruano”, en PETTINÀ, V. y ROJAS, R. (eds.): *Del estallido social a la implosión económica y sanitaria post COVID-19*, Planeta, pp. 27-42)

VIALE, C. (2020): *Peru: Updated Assessment of the Impact of the Coronavirus Pandemic on the Extractive Sector and Resource Governance*, Natura Resource Governance Institute.

ZAVALETA, M. (2014): *Coaliciones de independientes. Las reglas no escritas de la política electoral*, IEP.

Fundación Carolina, junio 2021

Fundación Carolina
C/ Serrano Galvache, 26.
Torre Sur, 3ª planta
28071 Madrid - España
www.fundacioncarolina.es
@Red_Carolina

https://doi.org/10.33960/AC_14.2021

La Fundación Carolina no comparte necesariamente las opiniones manifestadas en los textos firmados por los autores y autoras que publica.



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)